

textos el presente

La apoteosis de la cultura cutre, Galicia hoxe, Santiago, agosto de 2006
Ignacio Castro Rey, O Picón, 9 de agosto de 2006.

Es inevitable en estos días sentir vergüenza de ser gallego. Y esto no sólo por el apocalíptico incendio que nos rodea, sino también por lo que ese fuego generalizado vuelve a sacar a la superficie. La cultura media de esta Galicia actual ya era *incendiaria* mucho antes de que, en cada agosto, llegasen las llamas. El desprecio y la destrucción de la agricultura que, con la disculpa de la planificación europea, practican las sucesivas administraciones; la tala masiva del bosque autóctono, la plantación masiva de eucaliptos como vía de escape fácil; igual que las casas espantosas a medio terminar, la destrucción organizada de la arquitectura popular, los mamotretos oficiales reventando los lugares... En fin, hace mucho tiempo que están ahí todos los síntomas de que el gallego medio, con los políticos como su vanguardia natural, odia lo más propio, empezando por los bosques, los árboles y el verde que ha crecido solo y no rinde beneficios rápidos. El fuego indiscriminado sólo ha venido a poner la apoteosis final a todo este autodesprecio.

Por supuesto, además de costumbre ancestrales de quema -que siempre empiezan después de las cosechas de julio-, puede haber resentimientos de todo tipo. El resentimiento de los no contratados en las nuevas cuadrillas de lucha contra el fuego. El resentimiento de las facciones políticas que se han quedado fuera del nuevo reparto, cosa que también el anterior gobierno apuntó, en sentido diametralmente contrario. Y además los intereses madereros, inmobiliarios, pastoriles; los intereses de las nuevas empresas de reforestación, etc. Pero es un poco cutre toda esta sospecha de una trama. La idea de una mano negra, una conspiración política que dirigiese este terrorismo múltiple del fuego nos quita responsabilidad colectiva, diluye el carácter incendiario de nuestras estructuras mentales y económicas, que en muchos aspectos se han limitado a prolongar el franquismo.

Además, a un nivel meramente técnico, la teoría de la trama no explica esta absoluta impunidad, esta reaparición guerrillera de la quema incesante al lado mismo de las casas. Fuego impermeable además a la información, a las amenazas, al sufrimiento humano, a toda investigación judicial. Solamente la implicación de capas impenetrables de la población local, exiliada de las autopistas, explica que el monte pueda arder una y otra vez. Pensemos qué hemos hecho los que ahora nos quejamos para que sectores significativos de la población sean tan opacos como ese humo negro, desprecien su hábitat y decidan inmolarlo.

La costumbre campesina de convivir con el fuego aflora como un escándalo en esta esquizofrenia de postmodernidad y arcaísmo que es la Galicia actual. Posiblemente el humo denso flotando en el aire es el que enciende los instintos atávicos en los viejos campesinos habituados a quemar en estas fechas. Lo grave es que ahora esa vieja costumbre encuentra un reguero de pólvora en una maleza que llega hasta el confín del horizonte, hasta el borde mismo de las urbanizaciones lejanas.

Se comenta que este año el fuego llega hasta las casas. Pero es que las nuevas urbanizaciones -en las afueras de Vigo o de Santiago- se han metido en el monte, en un monte que lo inunda todo y está entregado a la maleza; sin población rural, sin caminos, sin campos de labor ni ganado que lo cruce. No podríamos esperar que los viejos campesinos que quedan, ahogados en sobrevivir, actúen gratuitamente

de guardabosques de esta política decorativa, neo-urbana, que desprecia profundamente lo rural.

Eucalipto para hoy, fuego para mañana. La política agrícola y forestal ha sido aberrante, terciermundista, convirtiendo a Galicia entera en un polvorín. La entrada en Asturias y Galicia viniendo de Euskadi es sencillamente deprimente. Todo lo que podía ser una forma propia de vida está arrasado por la especulación pública y privada. En Galicia solamente conservamos como aisladas "casas rurales" aquello que en un país que no se odie a sí mismo, que no padezca un complejo de inferioridad auténticamente paletó, es la norma. No se encontrará en Carintia, en Suiza, en Sajonia una sola esquina donde las formas tradicionales de supervivencia no estén cuidadas al detalle. Y esto no para que los turistas las vean, sino para conservar una forma de vida natal sin la que ninguna cultura es nada.

Nada de esto es nuestro estilo, ni por la derecha ni por la izquierda, ni con boina ni con birrete. Aliada profundamente con cierta estupidez local, ex-labriega, la mayoría de la modernidad urbana gallega está sumergida en un odio hacia lo antiguo, sea piedra o madera, que explica este incendio que finalmente ha venido a cerrar el círculo de la destrucción.

Emigrante o no, el campesino renegado es una de las clases más peligrosas del mundo. Toda esa gente, nuevos ricos de las aldeas y de la política, odia sencillamente la tierra. Y es como si ahora, cuando los gallegos ya no quieren emigrar -a dónde, si Alemania ya parece estar aquí-, decidieran que emigre lo que fue su paisaje natal para que así el entorno se parezca al decorado *kitsch* con el que han soñado. Y el eucalipto recuerda aún demasiado a los árboles. Hace falta el fuego, para que todo se acabe pareciendo a un aeropuerto. ¿No es esto lo que quieren muchos modernos, jóvenes y no tan jóvenes?

Podemos sospechar, en dirección distinta, otro signo de este luminoso agosto cubierto por el humo, algo así como una *venganza* del campo profundo. Como si los viejos que se quedan en la aldea, abandonados por todos, dijeran: "Ustedes, que nos han arruinado, que nos han despreciado y nos desprecian, ¿se creen que van a gozar ahora de unas bonitas afueras para su solaz, mientras se bañan en las piscinas?". Hace tiempo ha sido decretada la extinción del campesinado -la política de subvenciones es eso- y es hasta cierto punto normal que esa Galicia profunda no se resigne a morir sin hacer un poco de ruido. De ahí un instinto de *tierra quemada* que cristaliza la venganza de los viejos sobre los jóvenes que han abandonado el lugar, de los campesinos que quedan sobre los señoritos -profesores, políticos y periodistas- que querrían estar tranquilos en Santiago, en Pontevedra y en las playas de Arousa. El fuego, en este aspecto, es un producto de una brutal modernización. ¿No es curioso que Lugo y Ourense, más rurales y menos "modernas", se mantengan hasta cierto punto al margen de esta quema?

No deja de haber una cierta hipocresía en este escándalo, pues mientras Galicia entera ardía por abajo, en los hornos de una planificación bárbara, nadie se preocupaba. El fuego de la política y la cultura cutres, el de la pasta fácil, siempre ha estado aquí. Lo que ahora nos angustia es su dimensión infernal y televisiva, que además deteriora la ansiada imagen turística del país. Pero esta preocupación terciaria y tardía olvida que el incendio tiene su origen en unas furia terciara que ha arrasado todo lo que sea primario en nuestro entorno, empezando por el abedul y el roble.

¿Esto les parece romántico, retrógrado? Muy bien, quedémonos entonces con la otra vía, la de esta destrucción generalizada de lo elemental en un Estado de camareros, violentamente postmoderno. Entre la velocidad global y la quietud arcaizante no hay en Galicia mediación, esto es, una política rural coherente, digna. Éste es el terreno del fuego, que volverá una y otra vez a completar la política barata del desarraigo. ¿Se imaginan lo que pasaría en Almería o en Toledo si allí hubiera todavía tanto por

quemar?